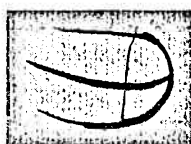


# Del nombre-del-padre al nombre del sujeto

*Sin apellido no te vayan a confundir con otro y por otras cuentas después te maten.*

F. Vallejo



En este artículo intento desarrollar un giro fundamental, aunque no definitivo, en la elaboración de Lacan respecto al Padre y su función en psicoanálisis, de cuyo desplazamiento espero haber aprehendido por ahora lo esencial en el título que he escogido. Y puesto que de desplazamiento se trata, empiezo por situar algunos elementos que puedo proponer a manera de aproximaciones conclusivas sobre la cuestión del Padre, tal como ésta aparece en la reflexión de Lacan hasta el momento culminante de la formulación de la metáfora paterna.

Es ya común afirmar que Lacan retoma la antorcha de Freud en lo relativo al interrogante ¿qué es un padre? Lacan no anticipa una respuesta que, a título de saber, viniera a obturar la verdad sobre el padre; por el contrario, sostiene que la cuestión del padre “está planteada en el centro de la experiencia analítica como eternamente irresuelta, al menos para nosotros, analistas”<sup>1</sup>. Pero, en su propósito de ganar el correcto punto de vista desde el cual se pueda plantear la pregunta, toma como punto de partida, freudiano, la incertidumbre estructural sobre la paternidad. El padre, en Freud, es por esencia un no-dado: no está garantizado por la experiencia, sino por la fe, que no es la fe en el procreador, sino en el nombre que lo nombra. Y es el hecho de que el padre sea por naturaleza incierto, aquello que convoca su nominación. De ahí que Lacan arribe a la noción de Nombre-del-Padre, que pone en

## FROM THE NAME-OF-THE-FATHER TO THE NAME OF THE SUBJECT

Jacques Lacan's developments concerning the function of the father in the structuring of subjectivity reach a turning point that may be considered in the light of the radical incidence on his thought of the famous phrase with which Nietzsche inaugurated the 20th. Century: God is dead. Once placed in doubt the father's dignity as foundation stone, the contemporary era poses a question with regard to that which, for lack of an ideal, takes the place of the function of the father. Along this route occurs the separation of the name-of-the-father from the name of the subject, which when opened out shows the letter to accomplish a transmission function. The novel *La Virgen de los sicarios*, by Fernando Vallejo, illustrates not only the inefficacy of the Freudian version of the father of the Law, but also the failure of the function of the letter in Colombian society.

## DU NOM-DU-PÈRE AU NOM DU SUJET

Les travaux de Jacques Lacan sur la fonction paternelle dans la structure de la subjectivité trouvent un point d'inflexion qu'on pourra interpréter en termes de l'incidence radicale de la fameuse sentence avec laquelle Nietzsche inaugure le vingtième siècle: Dieu est mort. Mise en question la dignité du père comme pierre d'achoppement, l'époque contemporaine pose une question au sujet de ce qui, à défaut d'idéal, prend la place de la fonction paternelle. C'est dans cette démarche que s'inscrit la séparation entre le Nom-du-Père et le nom du sujet, avec un développement dans lequel la lettre paraît accomplir une fonction de transmission. Le roman *La Virgen de los sicarios*, de Fernando Vallejo, illustre non seulement l'inefficacité de la version Freudienne du père de la Loi, mais aussi la défaite de la fonction de la lettre dans la société colombienne.

## DEL NOMBRE-DEL-PADRE AL NOMBRE DEL SUJETO

Las elaboraciones de Jacques Lacan sobre la función paterna en la estructuración de la subjetividad encuentran un punto de inflexión que puede ser pensado en términos de la radical incidencia sobre su pensamiento de la famosa sentencia con la que Nietzsche inaugura el siglo XX: Dios ha muerto. Puesta en cuestión la dignidad del padre como fundamento, la época contemporánea sitúa una pregunta en torno a aquello que, a falta de ideal, viene a tomar el relevo de la función paterna. En este recorrido se inscribe la separación entre el Nombre-del-Padre y el nombre del sujeto, en cuyo despliegue la letra aparece cumpliendo una función de transmisión. La novela *La Virgen de los sicarios*, de Fernando Vallejo, ilustra no sólo la inoperancia de la versión freudiana del padre de la Ley, sino el desfallecimiento de la función de la letra en la sociedad colombiana.

<sup>1</sup> Jacques Lacan, *El Seminario, Libro 4: La relación de objeto*, Barcelona: Paidós, 1994, p. 374.

juego al padre, en cuanto significativo, en la metáfora paterna. Aquí el padre se convierte en el portador de la Ley.

Me detengo en este punto por sus implicaciones para lo que sigue. Lacan formaliza el complejo de Edipo freudiano en la metáfora paterna, lo cual introduce ya una reducción de la historia edípica, de los personajes del mito familiar, a una relación entre la madre y el padre tomados como funciones, y hace del Edipo la ley de la producción de un sujeto. En la metáfora, el padre –situado en términos de letras– nos es presentado como una función, reducida al nombre, equivalente a una transmisión que no es la de la vida sino la del deseo en su significación fálica. Pero este nombre es ya allí metáfora de la presencia del padre; el nombre que cuenta no es el nombre *de* padre, puesto que no se trata del nombre de un personaje que además sea padre (aunque éste no deje de interesar: la experiencia clínica muestra cómo cualquier modificación en el nombre de pila de un sujeto cuenta en su historia y deja su huella incluso a lo largo de varias generaciones). Se trata, propiamente, del nombre que la madre nombra: es el padre hablado por la madre, digamos, en tanto que muerto por el discurso de la madre; por tanto, un ser de lenguaje.

Fiel a Freud, Lacan sostendrá que si la función paterna es instituir la vida al costo de una renuncia al goce de la madre, la condición de esta función es el asesinato que funda al padre. Éste, dice, es el valor de la intuición freudiana del mito del padre primordial y es a partir de aquí que podrá introducir el símbolo del padre bajo la forma del padre muerto. Ahora bien, un paso más acá de *Totem y tabú*, y puesto que el soporte del Edipo no es otro que la cadena significativa, Lacan sitúa la función del padre como aquella que garantiza el ingreso del sujeto en el lenguaje, a costa de producir en el personaje materno el agujero de la privación por el que la incógnita del deseo de la madre adquiere la dimensión de “esa otra cosa” que la teoría designa como falo. Y es en virtud de esta operación de privación sobre la madre que el padre adviene el nombre que ella nombra: el Nombre-del-Padre funda al padre. Se advertirá en esto un tiempo, el segundo, de la operación de la metáfora paterna, cuya eficacia depende del caso que la madre haga de la palabra del padre. Todavía, en el tercer tiempo, el padre debe dar pruebas de su potencia, a partir de lo cual el hijo podrá identificarse con él mientras que a la hija le será posible desearlo.

Es en ese sentido que la forma depurada del complejo de Edipo freudiano que es la me-

táfora paterna marca la ruptura con las perspectivas familiaristas del Edipo: aquí el padre no es pensado como alguien normal o como teniendo una posición normal en la familia; es de su capacidad normativizante de lo que se trata, en la medida que rompe las normas de la madre para instituir otras nuevas en relación con el deseo. Tomando la propuesta de Canguilhem para definir lo normal en la acepción de normativo como aquello que instituye normas, Erik Porge, en su texto *Los nombres del padre en Jacques Lacan*<sup>2</sup>, afirma que aquí puede situarse una primera versión del padre: él instituye, en relación con el deseo de la madre, una “perversión”, un cambio de norma.

En 1961, en el seminario sobre *La transferencia*, Lacan retoma la cuestión del padre sobre el telón de fondo de un tema que él pone a la luz desde muy pronto en su reflexión, del que sostiene, como sabemos, que está en la base de la “invención” del psicoanálisis: el declinar del padre en la época contemporánea<sup>3</sup>. En este texto aborda la dimensión trágica del problema, vía la trilogía de Claudel, que le permite un acceso a esta dimensión específica de la función paterna no totalmente aprehensible por la definición científica, sin que por ello Lacan deje de reconocer, con Freud, que la cuestión del Nombre-del-Padre es la cuestión científica por excelencia: ¿Acaso no sostuvo Freud que “se produjo un progreso cultural cuando los hombres se decidieron a admitir el razonamiento junto al testimonio de los sentidos y a pasar del derecho materno al paterno?”<sup>4</sup>.

Ahora bien, con la introducción del Nombre-del-Padre en la perspectiva científica, Lacan marca la ruptura con respecto al pensamiento clásico de Freud, quien sostiene un padre originario, devenido tal por el acto del asesinato primitivo, como exigencia conceptual para abrir la serie de los padres. En adelante, el padre será para Lacan una referencia fundamental pero ya no el referente último y, en este mismo sentido, no tendrá que reconducir las cosas a ningún acontecimiento histórico. A su vez, en el recurso a la tragedia contemporánea encuentra las modificaciones del lugar del padre en el discurso y despliega una reflexión consecuente con ello, es decir, una reflexión para una época en la cual el padre ha perdido su poder. Con ello no hace más que desplazar el lugar central del padre en la constitución subjetiva.

Ya previamente<sup>5</sup>, en el análisis comparativo entre *Edipo Rey* de Sófocles y *Hamlet* de Shakespeare, Lacan afirma que, a diferencia del padre de Edipo, el padre de Hamlet posee un saber subjetivo tanto de su muerte como del autor de la misma, y sostiene que

allí

<sup>2</sup> Erik Porge, *Los nombres del padre en Jacques Lacan*, Buenos Aires: Nueva Visión, 1978, p. 41.

<sup>3</sup> Véase Jacques Lacan, *Estudio sobre la institución familiar*, Buenos Aires: Editor 904, 1977, p. 72.

<sup>4</sup> Sigmund Freud, “A propósito de un caso de neurosis obsesiva (el ‘Hombre de las Ratitas’)”, en *Obras completas*, Vol. X, Buenos Aires: Amorrortu, 1980, p. 182.

<sup>5</sup> Véase Jacques Lacan, *Seminario 6: El deseo y su interpretación* (inédito).

allí el padre nos es presentado como un padre condenado, “asesinado en la flor de sus pecados”. Esta condenación aparece ligada a la emergencia del saber del padre, un saber novedoso, impensable en la época clásica, propio de la modernidad, y que lo es tanto del hecho de que los hijos han matado al padre, como de las vías por las que más allá de él se arriesga el deseo de la madre. Un saber que, entonces, implica un desfallecimiento en curso de la función del padre.

Digamos que hay un escalón que lleva del drama de Shakespeare a la obra de Claudel y, en efecto, Lacan encuentra en ésta el testimonio de las modificaciones del lugar del padre en relación con las transformaciones del deseo humano en el discurso de nuestra época. Que *Dios está muerto*, esto es lo que Claudel pone en escena.

Hago un paréntesis para introducir algunas implicaciones generales de la famosa sentencia de Nietzsche –*Dios ha muerto*–, según la esclarecedora lectura que de ella hace Heidegger. En principio, la fórmula nietzscheana es una invitación a pensar sobre la situación y el lugar del hombre actual cuyo destino, en lo tocante a la verdad, según dice, aún se nos escapa. ¿Qué es en ella Dios? La palabra Dios, pensada esencialmente, representa el mundo de los ideales; Dios es, pues, el *nombre* para este ámbito del que Nietzsche señala su descomposición. Y puesto que la frase misma identifica el pensamiento nietzscheano, este último se nos ofrece, sostiene Heidegger, como “el espacio histórico en el que se convierte en destino el hecho de que el mundo suprasensible, las ideas, Dios, la ley moral, la autoridad de la razón, el progreso, la felicidad de la mayoría, la cultura y la civilización, pierdan su fuerza constructiva y se anulen”<sup>6</sup>. En esto reside la esencia de nihilismo, en el hecho de que los valores supremos –lo verdadero, lo bueno y lo bello– han perdido su valor, su valor vinculante y constructivo, su capacidad para garantizar los caminos y los medios en vistas a una realización efectiva de las metas que ellos plantean, su poder para soportar la vida. Sin embargo, el mundo privado de los valores hasta ahora supremos sigue ahí y tiende inevitablemente a una nueva instauración de valores; el lugar vacío a la muerte de Dios exige ser ocupado y pide sustituir al desaparecido por otra cosa. Se erigen, en consecuencia, nuevos ideales y éstos, por su mismo origen, sufren también el proceso de desvalorización. Ahora bien, la desvalorización de los valores supremos significa, evidentemente, la decadencia... Pero ocurre que para Nietzsche el nihilismo no es únicamente una manifestación de la decadencia sino que, como proceso fundamental de la his-

toria de Occidente es, al mismo tiempo y sobre todo, la legalidad, la lógica interna de esa historia. Aquí cierro el paréntesis.

Y bien, Lacan se pregunta: “¿Cuál puede ser la temática del padre en una tragedia de la época, en la que, debido a Freud, la cuestión del padre ha cambiado tanto, que la última parte de la trilogía se denomina *El padre humillado*?”<sup>7</sup>. Se trata de precisar el lugar del padre después de Freud, es decir, una vez que, puesto en circulación en la cultura el complejo de Edipo, el movimiento histórico de Occidente se encargó de establecer que la pretensión de mantener la dignidad del padre como fundamento no podía sostenerse. A esta altura de su reflexión, también Lacan ha de poner en perspectiva el ejercicio soberano del poder desde el cual el padre habría construido la trascendencia de su función como padre simbólico.

Ahora, en la tragedia –de la que me ocuparé siguiendo los puntos esenciales en referencia a la cuestión– Lacan destaca la noción de padre humillado, y si bien no es posible encontrar en su lectura los rasgos precisos de este padre contemporáneo, dos referencias los insinúan. En primer lugar, se trata del Papa, el Padre supremo representante en la Tierra del Padre celestial, presentado bajo la forma de un padre impotente al que le ha sido usurpado el poder y quien, evadido del opresor, queda reducido al estatuto de rehén. En esta misma categoría quedaría situado el Rey, concebido como la figura del Padre antiguo, humillado hasta el punto del asesinato.

En segundo lugar sugiere otra forma de humillación del padre, esta vez encarnada en la figura de un personaje siniestro, de la que dice que limita con lo obscuro, que deja traslucir un eco del padre primitivo, y que es mostrado en la tragedia como alguien desvalorizado... ¿Con respecto a qué? No sólo por su origen, inferior y siniestro en sí mismo puesto que es el hijo de un brujo, sino porque al alcanzar la posición de nuevo amo, lo que él pone en escena es el imperio de su voluntad absoluta y la reducción de todos los ideales, del honor, de la nobleza, la tierra y el amor, a un solo interés por el dinero, el ideal de nuestro tiempo. Además, porque a la altura del segundo drama, este personaje es asesinado por su hijo en una escena que actualiza el asesinato primitivo, pero lo es luego de haber sido jugado por las dos mujeres que en ella intervienen –la amante del padre y la prometida del hijo–; jugado en la partida no es allí más que un elemento pasivo, un personaje ridiculizado.

Lejos estamos de la afirmación de Freud acerca del desagravio que supone el sacrifi-

<sup>6</sup> Martin Heidegger, “La frase de Nietzsche ‘Dios ha muerto’”, en *Caminos de bosque*, Madrid: Alianza Universidad, 1996, p. 200.

<sup>7</sup> Jacques Lacan, *Seminario 8: La transferencia* (inédito). Clases del 3, 10 y 17 de mayo de 1961.

cio ofrecido al padre de los orígenes luego de su asesinato: aquí, la escena del avasallamiento del padre, de su máxima degradación, no se ha convertido en el material de una figuración de su triunfo supremo<sup>8</sup>. Lejos, también, de la experiencia del asesinato como "momento fecundo de la deuda con la que el sujeto se liga para toda la vida con la ley"<sup>9</sup>, Lacan muestra en su lectura la degradación de las figuras paternas y, al destacar el personaje de la heroína del primer drama, quien encarna todos los ideales en decadencia, particularmente el de salvaguardar la herencia y el *nombre de su padre*, muestra también una correlación entre el cambio de la función paterna y la transformación del deseo.

En efecto, la heroína, que no renuncia al pedido del Otro y admite casarse con aquel personaje siniestro, renuncia a su palabra, a su fe, a su amor y a su deseo y, de esta manera, pone en cuestión la metáfora paterna. Su destrucción como sujeto, que ella consiente, testimonia acerca de un deseo que se ha desarticulado de la función paterna. El Nombre-del-Padre es aquí borrado y, puesto que ese nombre está llamado a asegurar el orden de sucesión, la transmisión del honor, el valor de la filiación, con él desaparece la inscripción del sujeto en la deuda simbólica. Quizá la época contemporánea sea ésta en la que el deseo, al no hallarse articulado a la función paterna edípica, a la *perversión* freudiana, a la Ley y a la prohibición, corre el riesgo de desplegarse por otros caminos... en los que está implicada una renuncia a la deuda simbólica.

Sin embargo, no siendo entonces el Padre aquello que asegura –según la expresión de Lacan– que el goce deba ser rechazado para que pueda ser alcanzado en la escala invertida de la Ley del deseo, y no siendo tampoco, habrá que advertirlo, que toda forma de goce en la actualidad sea sin límite, este tratamiento de la cuestión del Padre en la época contemporánea nos conduce a preguntar qué es lo que ha podido tomar el relevo del Nombre-del-Padre. Dicho de otra forma: si no hay ideal, ¿dónde se apuntala el Nombre-del-Padre?

Pero hay más. La trilogía de Claudel, puesto que permite seguir el destino de los personajes, nos ofrece otro elemento para considerar. En el segundo drama, luego del parricidio, el hijo asume el lugar del padre y toma por esposa a la amante de éste, en la misma medida en que el padre habría podido arrebatarse la suya. La tragedia moderna actualiza de este modo el complejo de Edipo bajo una forma –nos dice Lacan– cuyos aspectos escandalosos aparecen ahí como medida de



Abraham Bosse, grabado, s. XVII, B.N., París.

una descomposición... caricaturesca. Ni la mujer del padre ni la mujer del hijo nos son presentadas como objetos prohibidos. Ha sido puesto en evidencia el desfallecimiento de la voz del padre, de su voz en el sentido de su presencia<sup>10</sup>.

Por lo demás, llama la atención, en la tragedia que nos ocupa, que el *nombre de su padre* que la heroína finalmente no pudo sostener, es usurpado por el personaje que está llamado a encarnar aquello que a primera vista sería el padre del goce: un nombre noble, emblema e insignia del linaje paterno, es arrebatado, trastocado, pervertido... No son ya las insignias del padre aquello que se transmite; se trata, entonces, de una transmisión que no es de la Ley en su versión freudiana sino de otra versión del padre: un padre perverso en la transmisión. En la tragedia, convertido en otro personaje siniestro, el parricida adviene al lugar de padre y a título de castrado, de quien, por tanto, no es ya ese amo al que se le supone la potencia simbólica del padre freudiano, tal como es recogido por Lacan en la metáfora paterna. ¿No advierte esto ya que el mito del padre ha sido destronado?

Mientras que el mito freudiano instituye en relación con el deseo de la madre ese centro de aspiración, ese hueco, por la vía del padre muerto convertido en metáfora y en Nombre-del-Padre, el análisis de la tragedia contemporánea testimonia cómo lo real del goce y del horror, encarnado en principio en la figura materna, resiste a lo simbólico y lo amenaza ahora desde donde menos se lo espera: del lado del padre. Detrás del padre en su función simbólica se precipita la figura obscena y feroz del padre primordial. De este modo, la Ley que debe

conducir

<sup>8</sup> Véase Sigmund Freud, "Totem y tabú" (1913), en *op. cit.*, Vol. XIII, p. 151. La cita textual dice: "La escena del avasallamiento del padre, de su máxima degradación, se ha convertido aquí en el material de una figuración de su triunfo supremo. El significado que el sacrificio ha adquirido en términos universales reside justamente en que se ofrece al padre el desagravio por la infamia perpetrada en él, en la misma acción que continúa el recuerdo de esta fechoría".

<sup>9</sup> Jacques Lacan, "De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de las psicosis", en *Escritos 2*, México: Siglo XXI Editores, 1985, p. 538.

<sup>10</sup> Véase Jacques Lacan, *Seminario: Los Nombres del Padre* (inédito). Clase única, 20 de noviembre de 1963.

conducir a la vida asume el rostro del imperativo superyoico que ordena gozar. Esta *perversión* del padre indica, pues, que el Nombre-del-Padre no alcanza para garantizar el asesinato de la Cosa. De este modo, igualmente, los vínculos del sujeto con la Ley, excesivos o deficitarios, evidencian el desarreglo estructural de la función paterna. Parafraseando a Lacan diríamos que si no es en este nivel donde podemos buscar las carencias paternas, no las encontraremos en ninguna parte<sup>11</sup>.

¿Cómo no esperar a esta altura, entonces, una profunda transformación de la posición de Lacan en relación con el padre como aquel que transmite la castración, la Ley, el orden de las generaciones, el nombre...? Si, en la senda de Freud, Lacan asume en principio que el padre, en tanto que castrador, funciona como poder de interdicción, ahora sitúa en su verdadero alcance la famosa decadencia del padre. Así termina su seminario sobre *La transferencia*: la causa del padre está perdida. La reflexión de Lacan continúa por una vía que nos indica el sentido de la causa perdida del padre: del padre en tanto que Nombre-del-Padre. ¿Acaso el padre contemporáneo nos advierte acerca de la separación del padre y el nombre?

El Nombre-del-Padre es un significante que incluye los dos términos, nombre y padre. Su escritura con guiones refuerza la unión entre ellos e indica, de este modo, que el padre es un asunto de nombre. Pero no es menos cierto que Lacan hará un tratamiento diferencial de los mismos a partir de 1961, en el seminario dedicado a *La identificación*. En él define aquello que caracteriza el nombre propio y es precisamente esto lo que nos autoriza a interrogar la articulación entre el Hombre-del-Padre y el nombre del sujeto.

Es en la medida en que el sujeto está obligado a pasar por el Otro para singularizarse que, antes que la identidad, el movimiento por el cual adquiere el nombre que lo nombra convoca la identificación. Justamente, puesto que le es dado por el Otro, el nombre propio, al tiempo que identifica al sujeto, lo divide: cuando él quiere aprehender ahí su identidad, encuentra una determinación que lo sobrepasa y que hace obstáculo a esa aprehensión. A partir de estas premisas articularé lo que sigue.

Mientras que para Freud la identificación es la forma más primitiva de relación afectiva del yo con el objeto, para Lacan se trata de la relación del sujeto con el significante, en tanto que punto de amarre donde el sujeto se constituye. Tratándose de un ser hablante, es la identificación con el significante lo

que juega en la constitución subjetiva y, en principio, a través de un rasgo del otro, que Lacan designa como rasgo o trazo unario para señalar su función distintiva, el trazo unario encarna la pura diferencia: él es lo que los otros no son. De este modo, el significante tiene un trazo por soporte y el trazo, a su vez, sostiene toda la serie de las identificaciones.

En el origen, del encuentro con el objeto el sujeto sólo retiene un trazo unario; de ahí en adelante, el objeto, ausente, cuenta por la inscripción de este trazo con el cual el sujeto se identifica<sup>12</sup>. Siendo este trazo, por definición, diferente de sí mismo, el sujeto no puede fundarse sino en esta división y, sin embargo, el trazo funciona como la marca en la que puede leer algo de su identidad. Este efecto de identidad convoca la relación del nombre propio con la marca fundadora, allí donde en el sujeto falta el cuerpo para designarlo: el sujeto es lo que se nombra<sup>13</sup>. En efecto, el nombre propio funciona como trazo, marca distintiva, pues da cuenta de una diferencia pura, mostrando por ahí mismo, la articulación del significante con el objeto.

El nombre propio es en cierto modo un significante "sigla" que demuestra que el sujeto es siervo del lenguaje –o más precisamente, de la letra– y es el lazo a la escritura aquello que lo caracteriza. Así, dice Lacan: "No puede haber definición del nombre propio sino en la medida en que percibimos la relación de la emisión nominante [nombrante] con algo que en su naturaleza radical es del orden de la letra"<sup>14</sup>. La prueba de esto es la manera como el nombre propio conserva su estructura de una lengua a otra: "Lo que distingue un nombre propio a pesar de las pequeñas apariencias de acomodamiento (...) es que de una lengua a otra eso se conserva en su estructura..."<sup>15</sup>. Es decir, que aquello que hace al nombre propio no es el sonido, ni siquiera el sentido, sino su escritura irremplazable. Como significante puro, el nombre propio, puesto que no se presta a traducción, nos sigue a través de todas las fronteras. No por ello el nombre revela nuestra identidad; a lo sumo enseña cómo me llamo yo, pero no dice nada de mí. Y, sin embargo, la cuestión del nombre propio concierne a la pregunta: ¿Quién soy yo? Y es ahí donde yo, faltó en mi identidad y en la esencia de mi cuerpo, respondo con mi nombre. El nombre propio es el modo de respuesta a nuestro alcance al llamado del Otro, y el apellido es, en nuestra lengua, aquello que da cuenta de nuestra inscripción en lo simbólico.

Arribamos por esta vía a la articulación del trazo unario como marca de la inscripción

<sup>11</sup> Véase Jacques Lacan, *El Seminario, Libro 5: Las formaciones del inconsciente*. Buenos Aires: Paidós, 1999, p. 179.

<sup>12</sup> Esta identificación con el rasgo unario del objeto pertenece al registro de la frustración y es, por tanto, imaginaria.

<sup>13</sup> La identificación que convoca el nombre propio equivale a la identificación por incorporación freudiana y pertenece al registro de la privación; es, por tanto, real.

<sup>14</sup> Jacques Lacan, *Seminario 9: La identificación* (inédito). Clase 7, enero 10 de 1962.

<sup>15</sup> *Ibid.*

del ideal del yo<sup>16</sup>. El nombre propio que designa al sujeto aun antes de que él se nombre, es el nombre recibido de sus padres. En efecto, el sujeto humano llega a un universo donde el discurso le antecede y, como metáfora, el Nombre-del-Padre se propone como el padre del nombre: nombre nombrante, entonces. En este sentido, el nombre que nombra al sujeto es un asunto de transmisión del Nombre-del-Padre; es el nombre que toma al sujeto, en tanto que deseado, por el camino de la identificación con los ideales parentales; de esta manera el sujeto se asegura un lugar en el Otro de lo simbólico, se inscribe en la cadena de las generaciones y gana, con ello, la posibilidad de una pertenencia y de una ley que regula su acceso al Otro sexo.

Retomemos. Según lo dicho, el nombre propio concierne a la pregunta por el ser del sujeto. "Significante de lo que hay que significar", el nombre propio resuelve esta cuestión por la vía de la identificación. Pero el nombre propio del sujeto no es exclusivamente cuestión de transmisión del Nombre-del-Padre; más allá, es algo que, repitámoslo, en su naturaleza radical es del orden de la letra. ¿Por qué no deducir entonces que la letra viene a cumplir una función que en el nivel de la nominación del sujeto es también del orden de la transmisión? Transmisión que es la de la Ley de la cadena de las generaciones.

Si, por un lado, la letra es el soporte material del significante y permite su circulación y, por otro, si es por su carácter distintivo con respecto al significante que ella puede ser desplazada, cambiada de lugar, entonces es en virtud de ella que el sujeto puede ubicar sus trazos e inscribirse en Otro lugar haciendo, en el mejor de los casos, digamos, contrapeso a la deficiencia del padre. A fin de cuentas, es a través de la letra, como trazo, que el sujeto puede aprehender aquello que del objeto cuenta en su nombre propio, separando al objeto del Ideal para constituirse allí como sujeto del deseo.

No termino este apartado sin antes enunciar lo que viene en el recorrido. Tal parece que el nombre propio no agota el problema del ser del sujeto, en la misma medida en que no todo de él puede ser representado por el significante. Siendo esto así, una dimensión distinta de la de lo simbólico habrá de entrar en juego: aquella que condiciona la problemática del objeto. Una dimensión distinta, entonces, no sólo de la implicada en el Nombre-del-Padre, sino de la que corresponde a la función de la letra. En las elaboraciones sucesivas de Lacan, el Nombre-del-Padre, en cuanto que cobra un

carácter plural, y puesto que además la vía que abre al deseo se relaciona con el objeto que es su causa y no ya con la Ley del padre, cuestionan las mismas elaboraciones en torno al Edipo freudiano y a su forma depurada, la metáfora paterna.

Ahora, a propósito del recorrido presentado hasta aquí, doy paso a la lectura psicoanalítica de una novela colombiana aparecida en 1994. *La Virgen de los sicarios*<sup>17</sup>, de Fernando Vallejo, es la historia novelada de una de las realidades más crudas de la Colombia contemporánea, una historia de la que el autor, tomando el lugar de personaje central de su novela, nos dice que él no escribió puesto que ya estaba escrita, que simplemente y como sin tener otra opción, fue recogiendo, página por página. En ella se nos ofrece la oportunidad de leer la encrucijada de la función paterna, algunos de cuyos momentos he pretendido apuntar conceptualmente en el apartado anterior. Que no hay allí el Padre de la Ley es algo que se confirma a lo largo de todo el texto, de una manera al mismo tiempo horrorosa y patética. Digamos que Colombia nos es presentada como una tierra de nadie: sin Dios, ni ley, ni padre, y –agreguemos– sin letra que pueda venir a cumplir su función pacificadora, su función de inscripción en lo simbólico de aquello que de otro modo quedó de-sarticulado.

A partir de diferentes hilos podemos acercarnos a esta trama del más allá de la función paterna para medir sus incidencias en una sociedad que se debate en la violencia heredada de generación en generación pues, en verdad, es este real lo que está en juego en la transmisión mostrándonos que la muerte es la protagonista. Una muerte que no se limita a cejar la vida de los así destinados por quienes hacen de los sicarios sus intermediarios por contrato, sino la de cualquiera: anónima, sin nombre entonces, lo cual queda confirmado en muchos casos por la ausencia del acto civil del levantamiento del cadáver. *¿El cadáver de quién? De un hijo de su mamá*, sentencia el personaje. Una muerte que no se detiene, que trae otra, y otra más, en la cadena de odios y venganzas, y en cuyas manos está el destino de los vivos. Por eso por las calles de la ciudad transitan los *vivos muertos* hablando de sus muertos. Los ojos de las víctimas permanecen abiertos, y los asesinos, traspassados por su mirada, la llevan consigo como imagen siniestra e inolvidable, como un recuerdo sin memoria en la fugacidad de una ocurrencia sucesiva e interminable. Una muerte que no se inscribe en otro espacio que posibilitaría cerrarle los ojos al muerto. El personaje nos

dice

<sup>16</sup> Esta identificación con el Ideal del yo convoca al Nombre-del-Padre en el registro simbólico de la castración.

<sup>17</sup> Fernando Vallejo, *La Virgen de los sicarios*, Bogotá: Alfaguara, 1998. En lo que sigue, las expresiones textuales de la novela se presentan en letra cursiva.

dice que los sicarios *no conjugan el verbo matar: practican sus sinónimos*.

En su interminable transitar por las iglesias de la ciudad, solo en su desesperación, o acompañado por su *único niño* de turno, a veces perdido entre la marejada de fieles que acuden al santuario en peregrinación *devota, insulsa, mentirosa*, el personaje de la novela ¿no busca allí al padre? Búsqueda infructuosa puesto que, en el mejor de los casos, Dios no existe: *Dios es una palabreja escurridiza (...) para designar su no existencia*. En el peor, existe, pero es el mismo diablo: *Por todas partes encuentra signos de su maldad, su ley es intrínsecamente perversa*. Es la voluntad de goce del padre lo que constata en las imágenes religiosas de Cristo caído, lacerado, crucificado... Y tras el espectáculo perverso de la Pasión, la Virgen, *Santísima Madre*, hace su aparición... radiante. La misma Virgencita a quien él, desde la niñez, dirigió sus ruegos... ¿Por qué habría de sorprenderse de que sea también a ella a quien los sicarios invoquen en sus rezos? ¿No ha confirmado acaso que a lo largo de tres generaciones, y esto porque él bien podría ser el abuelo de su *niño*, las cosas no han cambiado tanto? *Masacres las de antes*, nos dice. Encuentro, pues, con la madre a la que se invoca ante el desfallecimiento de la voz del padre. Una madre idealizada, elevada a la categoría de virgen, desprovista de aquella dimensión del deseo que garantizaría la función del Nombre-del-Padre y sus efectos: la constitución del objeto del deseo como perdido, la institución de la falta y la inscripción de la prohibición.

El personaje nos descubre, vía la letra, en una solicitud que hace a su *niño* y que él responde por escrito, que el sicario pide, para la madre, productos del mercado, cuyo valor fálico muestra lo que ella quiere de él en relación con su deseo. Es esta identificación con el falo imaginario la que se juega para el sicario ante la deficiencia de la función paterna. De su parte, el personaje ¿qué quiere? Identificado con la madre, él quiere a ese *niño*, objeto fálico, y es su nombre lo que a su vez escribe. Un nombre sin apellido.

Con todo y que el autor sostiene que no se pueden contar historias sin nombre completo, con todo y que afirma el carácter de marca distintiva del nombre propio –*Sin apellido no te vayan a confundir con otro y por otras cuentas después te maten*– justamente lo que nos cuenta es la historia de estos muchachos, ángeles, bellos, con una pureza incontaminada de letra impresa, incontaminada entonces del deseo que llama a la vida, a quienes sus madres han dado un vano, necio nombre extranjero o inventado, ridículo, de relumbrón, ver-

dadera expresión del ideal fálico materno. Tampoco el personaje tiene nombre, o por lo menos no se reconoce en él, y luego de haber sido pronunciado por una sola vez en toda la historia, en boca de su *niño moribundo*, le *pesa como una lápida*.

Por aquí tenemos la clave de la deficiencia del Nombre-del-Padre y de la falla de la función de la letra en el apellido. En ausencia de apellido que inscriba a los hijos en la cadena, se juega en el nombre la fantasía materna. Los sicarios son hijos que no han sido reconocidos nominalmente por el padre, *hijos de nadie* dice el autor. De este modo, no habría de sorprendernos que este texto nos revele de la manera más cruda, uno a uno, los problemas de la paternidad que no se asume, de la filiación que no se establece, de la deuda simbólica que no se reconoce, de la muerte que no se salda, de la imposibilidad del acceso al sexo, de lo imposible del amor.

Con las mujeres es imposible el amor; entre uno y Otro sexo a lo más se consume el pecado de la bestialidad, cuyo efecto es la procreación. Despojado de esta bestialidad, el personaje se arriesga por los caminos del goce homosexual con los muchachos a los que elige por su juventud tierna, por su belleza angelical que contrasta de manera impresionante con su oficio demoníaco, exterminador. Ellos son ángeles, incontaminados ya no sólo de letra impresa sino también de mujeres. Con una metáfora que resulta conmovedora, el personaje nos ilustra cómo el goce reina sin la chispa del deseo: *El amor, nos dice, es una chimenea sin leños que se mantiene como por milagro, ardiendo apagada*.

En la relación con su *niño*, con uno y con otro, al fin de cuentas sustituibles, el personaje asume una función paterna protectora: los adopta y les ofrece los medios para colmarlos en sus gustos, esos mismos que les aseguran su lugar de objeto fálico para la madre. Es, en cuanto padre, un personaje imaginario carente de todo poder, de toda potencia capaz de asegurar su lugar junto a la madre para que el hijo vaya a ocupar el suyo asegurando así el obstáculo al goce incestuoso.

Que el padre es perverso en la transmisión es algo que queda aquí confirmado. Es en respuesta a su demanda que el muchacho, atento siempre a sus *más mínimos caprichos*, mata a todo aquel que se cruza por su camino causándole la *más mínima molestia*. Por esto, el *ángel exterminador* es su *ángel de la guardia*. Desde el principio hasta el final, este padre del goce cuenta en la cuenta de los muertos de su *niño* cuántos le corresponden a él, cuántas de sus palabras asesinas



fueron remarcadas por los tiros. Pero es en las cuentas del Otro, no en la suyas, que esta contabilidad tiene lugar.

Tamaño paradoja la de esta novela del *gramático más importante de Colombia*, como él se quiere, que nos revela cómo la letra no cumple su función en un país de gramáticos, en un país en el que la prohibición está escrita para violarla, en el que hay las leyes pero no la Ley. Discutiendo un problema de gramática nos conduce al corazón mismo de la perversión: Más de cien años hace, nos dice, que mi viejo amigo Don Rufino José Cuervo, el gramático (...) hizo ver que una cosa es 'debe' solo y otra 'debe de'. Lo uno es obligación, lo otro duda. Y así, nos debatimos poniendo en duda la obligación, anteponiendo el goce al deseo que no puede ser sin Ley. Digamos que la gramática, puesto que lo que está en juego en ella es la dialéctica pulsional, no alcanza para asegurar el paso a la lógica del deseo.

Se equivoca, sin embargo, cuando dice que al desquiciamiento de una sociedad se sigue el del idioma. Se equivoca, puesto que el desquiciamiento de la lengua que él pone en evidencia en la jerga de los sicarios, en la que, para no mencionar más que un ejemplo, *enamorar* es matar, nos advierte que en esta sociedad los ideales han sido trastocados; incluso nos lleva a preguntarnos si hay espacio para que algún ideal se sostenga. Nos advierte también que el discurso no permite la transmisión de una ley que dé lugar al deseo. Nos advierte, en últimas, acerca de las deficiencias de la metáfora paterna y de la letra en su función.

¿Y al final? Al final no pasa nada. El personaje se halla como al principio, dispuesto a reiniciar su recorrido, un recorrido circular, que vuelve siempre al mismo goce, porque no hay en él deseo que lo anime. Por eso concluye al despedirse de su lector: *Y que te vaya bien, que te pise un carro o que te estripe un tren  $\pi$*

## REFERENCIAS

BROUSSE, MARIE-HÉLÈNE. *Los cuatro discursos y el Otro de la modernidad*, Cali: Letra. Grupo de Investigación de Psicoanálisis Lacaniano de Cali, 2000.

FREUD, Sigmund. "A propósito de un caso de neurosis obsesiva (el 'Hombre de las Ratas')", en *Obras completas*, Vol. X, Buenos Aires: Amorrortu, 1980.

———, "Totem y tabú", en *Obras completas*, Vol. XIII.

———, "Psicología de las masas y análisis del yo", en *Obras completas*, Vol. XVIII.

HEIDEGGER, Martin. "La frase de Nietzsche 'Dios ha muerto'", en *Caminos de bosque*, Madrid: Alianza Universidad, 1996.

LACAN, Jacques. *Estudio sobre la institución familiar*, Buenos Aires: Editor 904, 1977.

———, *El Seminario, Libro 3: Las Psicosis*, Barcelona: Paidós, 1985.

———, *El Seminario, Libro 4: La relación de objeto*, Barcelona: Paidós, 1994.

———, *El Seminario, Libro 5: Las formaciones del inconsciente*, Buenos Aires: Paidós, 1999.

———, *Seminario 6: El deseo y su interpretación* (inédito).

———, *Seminario 8: La transferencia* (inédito).

———, *Seminario 9: La identificación* (inédito).

———, *Seminario: Los Nombres del Padre* (inédito).

———, "De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de las psicosis", en *Escritos 2*, México: Siglo XXI Editores, 1985.

———, "Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano", en *Escritos 2*.

PORGE, Erik. *Los nombres del padre en Jacques Lacan*, Buenos Aires: Nueva Visión, 1998.

VALLEJO, Fernando. *La Virgen de los sicarios*, Bogotá: Alfaguara, 1998.